

Mainero, Jorge S.

Presencia de Cicerón en Cervantes : Quijote II, 40-41

XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España"

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Mainero, Jorge S. "Presencia de Cicerón en Cervantes: Quijote II, 40-41." Ponencia presentada en las XIII Jornadas de Estudios Clásicos "Grecia y Roma en España." Instituto de Estudios Grecolatinos "Prof. F. Novoa", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2005. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/presencia-de-ciceron.pdf>>.

Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

PRESENCIA DE CICERÓN EN CERVANTES: *QUIJOTE II*, 40-41

Prof. Dr. MAINERO, JORGE S.
E-MAIL: jmainero@fibertel.com.ar
Prof. Adjunto de Lengua y Cultura Latinas
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

1. El humanismo ciceroniano y cervantino

La historia prístina del término latino *humanitas* y de su alcance conceptual, hasta desembocar en el sentido de “humanismo”, podría bosquejarse desde los aportes pioneros de los integrantes del Círculo de los Escipiones¹ hasta la pretensión de una formación humana universal: los *studia humanitatis* propiciados por Cicerón. Resulta sencillo comprobar, en cambio, que la palabra *humanismus* es de origen reciente, dado que fue empleada por primera vez, en 1808, por un profesor de bachillerato alemán, F. J. Niethammer, en un ensayo didáctico denominado *Der Streit des Philantropismus und des Humanismus in der Theorie des Erziehungsunterrichtes unserer Zeit*.² Por su parte, el adjetivo correspondiente, *humanistische* (“humanístico”), está en uso desde fines del siglo XVIII; más remoto es el empleo de la voz italiana *umanista*, registrada ya en

¹ Este círculo filohelénico se congregó en torno de Publio Cornelio Escipión Emiliano (185-129 a. C.) y sus amigos y protegidos, como el cónsul, erudito y orador Cayo Lelio, apodado “el Sabio”, el historiador griego Polibio, el comediógrafo Terencio, el poeta satírico Lucilio y el filósofo estoico Panecio. Dichos intelectuales instituyeron una *élite* ilustrada cuya irradiación es fácilmente perceptible en la cultura del sistema literario tardorrepblicano.

² “El conflicto de filantropismo y humanismo en la teoría de las clases de educación de nuestra época”. Cf. Snell, Bruno, “El descubrimiento de lo humano y nuestra postura ante los griegos”, en: *Las fuentes del pensamiento europeo*, cap. XIV, Madrid, Razón y Fe, 1965; p. 355.

1538.³ En fin, se llamó retrospectivamente “Humanismo” al movimiento cultural nacido durante el siglo XIV en Italia y difundido por Europa en las dos centurias siguientes. El Humanismo italiano, en particular, tuvo una impronta ciceroniana desde Petrarca.

Niethammer pensaba que el Humanismo resaltaba el estudio de las lenguas clásicas, el griego y el latín, y el de sus autores canónicos. En Italia, *umanista* se usaba para designar a los maestros de las “Humanidades”, es decir, de los *studia humanitatis*. Tales estudios estaban centrados en las artes liberales, en especial la literatura, la filosofía, la historia, la retórica y la gramática.

Ahora bien, la voz *humanitas* fue afirmando su multiplicidad de sentidos poco a poco, desde su hipotética aplicación por parte de los autores del siglo II a.C. hasta su uso documentado en Cicerón; finalmente, se llegó a concentrar en un vocablo único un abanico de significaciones, expresadas de muy diverso modo en la lengua griega:

Ἡ ἀνθρωπεία, παιδεία, ἀνθρωπεύεισιν. “Uno de los primeros testimonios que poseemos sobre el sustantivo *humanitas*, si no el primero, figura en el discurso *Pro Quinctio*: la palabra es allí utilizada para significar el sentimiento de pertenencia al género humano (...). En los treinta años que siguen, progresan para el término los sentidos de cultura y civilización. (...) La *humanitas* en tanto que cultura tendrá su manifestación a partir del *Pro Roscio Amerino*, en el año 80, y verá su primer triunfo en el *Pro Archia*”.⁴ Fue en los discursos de Cicerón, entonces, donde por

³ Cf. Rüegg, Walter, *Cicero und der Humanismus*, 1946, y Campana, A., “The Origin of the Word ‘Humanist’”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, IX, 60-73. Citados por Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía I*, Bs. As., Sudamericana, 1975; p. 875.

⁴ Novara, A., *Les idées romaines sur le progrès I*, París, Les Belles Lettres, 1982; pp. 167-169. En cuanto al *Pro Archia poeta*, es el discurso que Cicerón pronunció en el año 62 en defensa de su antiguo

primera vez la palabra *humanitas* y el concepto de “Humanismo” se asociaron para equivaler a cultura y civilización, a enriquecimiento progresivo del espíritu humano a través del tiempo.

El mismo ideal se manifiesta en Cervantes, filtrado con toda probabilidad por su aproximación al erasmismo, y materializado en su *summa* novelística, *Don Quijote de la Mancha*. Harold Bloom destacaba hace poco algunos de estos aspectos en la formación cervantina:

Los aires de loco de Don Quijote le garantizan, y también a Cervantes, una suerte de patente de bufón, parecida a la del Bufón en *El rey Lear*, una obra representada simultáneamente a la publicación de la primera parte de *Don Quijote*. Casi con toda seguridad, Cervantes fue un seguidor de Erasmo, el humanista holandés cuyos textos sobre la interioridad cristiana se dirigían en gran medida a los conversos, atrapados entre el judaísmo que se habían visto obligados a abandonar y un sistema cristiano que les convertía en ciudadanos de segunda clase.⁵

Marcos Morínigo abundó en razones aducidas para confirmar la influencia de Erasmo sobre Cervantes, recordando que este último, hacia los veinte años, había frecuentado en Madrid el “Estudio” o Colegio de Humanidades regido entonces por el maestro López de Hoyos, en cuyo ambiente cultural se habría impregnado del espíritu humanista. Allí “se educa todavía bajo el signo del erasmismo, un movimiento (...) que propugna la confianza en la razón y la naturaleza, y un cristianismo interior que lógicamente desdeña las formas exteriores y espectaculares de la religiosidad, y se traduce en una

maestro, el poeta griego Arquías, incidentalmente acusado de usurpar la ciudadanía romana. Dicha pieza se eleva de a poco hasta volverse una apología del cultivo de las artes y las letras. Así, por ejemplo, en 2,5-6: *Etenim omnes artes quae ad humanitatem pertinent habent quoddam commune vinclum (...)* (“En efecto, todas las artes que tienden al humanismo tienen cierto vínculo común”).

moral basada en la autonomía de la voluntad. El erasmismo tuvo muchos simpatizantes en España durante la época de Carlos V(...). Pero apenas empezado el reino de Felipe II, las obras de Erasmo traducidas al español aparecen en el índice de libros prohibidos del Inquisidor Valdés (1559)".⁶ Esta línea de análisis se fundamenta sobre todo en los trabajos de Américo Castro acerca del ideario de Cervantes; él consideraba que las ideas de Erasmo subyacían en el magisterio de López de Hoyos, y que Cervantes debió haber sido "un gran disimulador, que cubrió de ironía y habilidad opiniones e ideas contrarias a las usuales".⁷

Por consiguiente, es posible representar en su progreso las *res humaniores* a las que se hizo referencia, trazando una línea imaginaria que se inicia acaso, y con seguridad se afirma, a través de la obra de Cicerón, continúa en el otoño del Medioevo con Petrarca, luego con Erasmo, Lorenzo Valla, Marsilio Ficino, que encarnan la erudición renacentista, y culmina con los autores del período áureo de las letras hispánicas, como Fray Luis de León, Quevedo o el propio Cervantes.

2. El vuelo de Clavileño y el *Somnium Scipionis*

La materia narrativa de la segunda parte del *Quijote* incluye entre sus ejes la célebre aventura de Clavileño (caps. XL y XLI), el caballo de madera que, se nos dice, atraviesa los aires. En el castillo de los Duques transcurre un gran número de capítulos, del XXX

⁵ Bloom, Harold, "Cervantes: el juego del mundo", en : *El canon occidental*, trad. de Damián Alou, Barcelona, Anagrama, 1996; p. 140.

⁶ Morínigo, M., "Estudio preliminar" a la ed. del *Quijote* a cargo de Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner, Bs. As., Eudeba, 1969; pp. VIII-IX.

⁷ Castro, Américo, *Pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Editorial Noguer, 1980; p. 245.

al LVII; ociosos y afortunados, los nobles deciden divertirse a costa del amo y el escudero. Por eso, la condesa Trifaldi, alias la dueña Dolorida, le pide a Don Quijote que vaya a desencantar a la infanta Antonomasia, metamorfoseada en simia de bronce en el reino mítico de Candaya, lugar que sólo es accesible para el viajero si éste monta en Clavileño, una creación del sabio Merlín al servicio del encantador Malambruno. Como al montar les cubren los ojos con pañuelos, Don Quijote y Sancho no advierten que permanecen inmóviles, oyen voces que se admiran de su ascenso, en fin, creen atravesar diversas regiones del cielo, hasta que unos cohetes los derriban y se hallan en el jardín donde todo había comenzado. Ahí puede verse un pergamino en que se asevera que la infanta y su esposo fueron desencantados merced a la intervención del caballero. Sancho hace luego un balance de la travesía:

Preguntó la duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

-Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no la consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas; porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la duquesa:

-Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

-Así es verdad -respondió Sancho-, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

-Mirad, Sancho -dijo la duquesa-, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

-Yo no sé esas miradas -replicó Sancho-: sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dio una

gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante.

-Y, en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras -preguntó el duque-, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

A lo que don Quijote respondió:

-Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba a la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues, estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos; y, pues no nos asuramos, o Sancho miente o Sancho sueña.⁸

Como anotan Celina S. de Cortazar e Isaías Lerner en su edición,⁹ siguiendo a Menéndez y Pelayo (*Orígenes de la novela*, cap. II), la fuente directa del episodio de Clavileño parece ser la novela *Historia del muy valiente y esforzado caballero Clamades, hijo del rey de Castilla, y de la linda Clarmonda, hija del rey de Toscana* (Burgos, 1521), interpretación hispánica de viejos relatos franceses, quizá contaminada en el recuerdo de Cervantes con la *Historia de la linda Magalona*, traducción de una narración provenzal de Bernardo de Treviez. Pero hay en rigor innumerables hipotextos. El tema del caballo volador está presente ya en los mitos grecolatinos (Clavileño es como una versión satírica del mito de Pegaso¹⁰), en las *Mil y una noches* y en numerosas novelas de caballerías. Por lo demás, cuando Sancho describe lo que contempló en su viaje maravilloso, calificado por el caballero, en último análisis, de mentira o sueño, la perspectiva espacial que emplea y la visión cósmica que transmite

⁸ *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, San Pablo, Real Academia Española, 2004; pp. 863-864.

⁹ *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha II*, op. cit., p. 702.

¹⁰ Cf. Ovidio, *Metamorfosis* IV, 785-790.

coinciden con otra fuente clásica: el *Sueño de Escipión* ciceroniano, que ha llegado hasta nosotros junto con el comentario neoplatónico del erudito tardoantiguo Macrobio.

El marco del *Somnium* es un diálogo de Publio Cornelio Escipión Emiliano con su amigo Lelio y otros personajes de su círculo, hacia el año 129 a.C.; el primero recuerda episodios ocurridos veinte años atrás, cuando fue a Cartago como tribuno militar, antes de capturar y destruir la ciudad (146 a.C.) durante su consulado. Entre los recuerdos de guerra, rememora un sueño o visión que tuvo entonces, en el que se le aparecía su abuelo adoptivo, Publio Cornelio Escipión, el primer Africano, vencedor de Aníbal, y luego su padre, Lucio Emilio Paulo, triunfador en Pidna, para anticiparle el futuro y describir, desde un mirador cósmico, la configuración del más allá.

Somnium Scipionis (De re publica VI)

6.16 . *Sed sic, Scipio, ut avus hic tuus, ut ego, qui te genui, iustitiam cole et pietatem, quae cum magna in parentibus et propinquis, tum in patria maxima est; ea vita via est in caelum et in hunc coetum eorum, qui iam vixerunt et corpore laxati illum incolunt locum, quem vides, (erat autem is splendidissimo candore inter flammam circum elucens) quem vos, ut a Graecis accepistis, orbem lacteum nuncupatis; ex quo omnia mihi contemplanti praeclara cetera et mirabilia videbantur. Erant autem eae stellae, quas numquam ex hoc loco vidimus, et eae magnitudines omnium, quas esse numquam suspicatus sumus, ex quibus erat ea minima, quae ultima a caelo, citima <a> terris luce lucebat aliena. Stellarum autem globi terrae magnitudinem facile vincebant. Iam ipsa terra ita mihi parva visa est, ut me imperii nostri, quo quasi punctum eius attingimus, paeniteret.*

6.17 *Quam cum magis intuerer, Quaeso, inquit Africanus, quousque humi defixa tua mens erit? Nonne aspicias, quae in templa veneris? Novem tibi orbibus vel potius globis conexas sunt omnia, quorum unus est caelestis, extumus, qui reliquos omnes complectitur, summus ipse deus arcens et continens ceteros; in quo sunt infixi illi, qui volvuntur, stellarum cursus sempiterni; cui subiecti sunt septem, qui versantur retro contrario motu atque caelum; ex*

quibus unum globum possidet illa, quam in terris Saturniam nominant. Deinde est hominum generi prosperus et salutaris ille fulgor, qui dicitur Iovis; tum rutilus horribilisque terris, quem Martium dicitis; deinde subter mediam fere regionem sol obtinet, dux et princeps et moderator luminum reliquorum, mens mundi et temperatio, tanta magnitudine, ut cuncta sua luce lustret et compleat. Hunc ut comites consequuntur Veneris alter, alter Mercurii cursus, in infimoque orbe luna radiis solis accensa convertitur. Infra autem iam nihil est nisi mortale et caducum praeter animos munere deorum hominum generi datos, supra lunam sunt aeterna omnia. Nam ea, quae est media et nona, tellus, neque movetur et infima est, et in eam feruntur omnia nutu suo pondera.

16. Pero simplemente, Escipión, como aquí tu abuelo, como yo, que te engendré, cultiva la justicia y la piedad, que es, por una parte, importante en relación con los padres y allegados, y por otra, importantísima con respecto a la patria; esta <clase de> vida es el camino hacia el cielo y hacia este encuentro con aquellos que ya vivieron, y que, liberados del cuerpo, habitan aquel lugar que ves (y era éste un círculo que brillaba entre llamas, con vivísimo resplandor), que vosotros, como lo heredasteis de los griegos, denomináis ‘Vía Láctea’.

Desde él, todas las otras cosas me parecían a mí, que las contemplaba, luminosas y admirables. Eran éstas unas estrellas que desde este sitio nunca hemos visto, y todas <ellas> de grandeza que no hemos sospechado jamás que existiera, de las cuales era la mínima aquélla que, la más alejada del cielo, la más cercana a la Tierra, resplandecía con luz de otro astro.¹¹ Ahora bien, las esferas de las estrellas superaban fácilmente el tamaño de la Tierra. Entonces la misma Tierra me pareció a mí tan pequeña que me avergoncé de este imperio nuestro, con el cual llegamos a ocupar sólo un punto de ella.

17. Dado que yo la contemplaba más y más, dijo el Africano: “Por favor, ¿hasta cuándo estará tu mente clavada en la Tierra? ¿Acaso no ves a qué templos has venido? Todo el universo ante ti está comprendido en nueve órbitas o, mejor, esferas, una de las cuales es divina, la más externa, que rodea a todas las restantes, precisamente como el dios supremo que encierra y contiene a los otros; en ella están fijados aquellos recorridos de las estrellas, eternos, que giran. Bajo ésta están dispuestas las siete esferas que dan vueltas hacia atrás, y con movimiento contrario respecto al cielo. Entre ellas, la esfera mayor la ocupa aquélla que en la Tierra llaman de Saturno; luego está aquel astro fulgurante, salutífero y propicio para la raza de los hombres, que se llama Júpiter; luego, el planeta rojo y terrible para la Tierra, que llamáis Marte. Después, abajo, el Sol ocupa aproximadamente la región central, guía, príncipe y rector de los demás cuerpos luminosos, alma del mundo y justa proporción, de magnitud tan grande que todo lo ilumina y colma con su propia luz. A éste lo siguen como

¹¹ Se refiere a la luna.

acompañantes la órbita de Venus, la de Mercurio, y en el último círculo rueda la Luna, encendida por los rayos del sol. Y debajo nada hay ya, excepto lo mortal y caduco, menos las almas, entregadas a la raza de los humanos por un don de los dioses. Por encima de la Luna todo es eterno. En cuanto a esta Tierra que está en el medio, en noveno lugar, no se mueve y es la más baja, y todos los cuerpos pesados son atraídos hacia ella por su propia gravitación”.

La cosmología explicitada es la del platonismo-pitagorismo, seguramente a través de algún filtro estoico, como Posidonio;¹² pero al adaptar a Platón o a los pitagóricos, Cicerón también los transvalora, desarrollando la idea de una inmortalidad preferencial, desde una visión patriótica de la historia. Ahora bien, tal idea cabe en el marco mayor de su humanismo, que concibe la civilización como misión divina del hombre.

La cosmovisión del *Somnium* invierte el punto de mira habitual, del suelo al cielo, al contemplar desde el espacio exterior a nuestro mundo, que se ve reducido a una insignificancia puntual. Se trata de la misma perspectiva que asumió Sancho, a través del vuelco paródico cervantino.

El *Somnium Scipionis* inspiró asimismo el éxtasis lírico de la oda “Noche serena”, de Fray Luis de León. Confrónteselo con la lira octava del poema precitado:

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado

¹² La formación filosófica de Cicerón, iniciada en Roma, donde fue discípulo del académico Filón, se completó en Atenas y en Rodas, donde visitó al escolarca estoico Posidonio. En el *Somnium* (15), el alma se origina en los astros vivientes: se está en deuda aquí con la versión materialista del “alma del mundo”, doctrina que Diógenes Laercio (VII,142) atribuye a varios estoicos, desde Crisipo a Posidonio. Por lo demás, otro maestro de Cicerón, Antíoco de Ascalón, ya había intentado unir las tradiciones académica y estoica. Cf. Boyancé P., “Sur le Songe de Scipion”, en *L’Antiquité Classique* XI, 1942; pp. 5-22; Long A. A., *La filosofía helenística*, Madrid, Revista de Occidente, 1977.

a aqúeste gran trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado? ¹³

En cuanto a Cervantes, es sabido que, por el recurso a la parodia (un uso imitativo del estilo de otro, con propósito correctivo o burlesco), clausura el género de la novela caballeresca. La imitación burlesca fue el designio original, puesto que toda parodia se ejerce desde el mismo género parodiado, y el autor eligió valerse de los rasgos formales de los libros de caballerías. Pero de allí pasó a otros estratos de significación, y a ello ha contribuido sin duda la intertextualidad, la presencia de otros textos en el *Quijote*, que nace de la literatura y con ella recarga su capacidad de significar. Así pues, están en él no sólo las obras caballerescas y pastoriles, la picaresca y el romancero, sino además los clásicos latinos como Cicerón, Virgilio y Ovidio, que componían la parte cardinal del acervo del humanista.

¹³ Fray Luis de León, *Poesías*, Ed. del P. Ángel Custodio Vega, Madrid, Cupsa Editorial, 1977; p. 30. El anotador subraya que Fray Luis conocía bien el texto de Cicerón por la edición comentada de Barrientos, preparada en Salamanca.